El populismo se ceba con la inmigración

Rafael Simancas
Subdirector de *TEMAS*

El populismo polarizador se ha convertido en la principal carcoma de las democracias del mundo, cada vez más en España también.

Para muchos, la política ha pasado de ser esa noble disciplina que busca soluciones y acuerdos, para convertirse en una carrera simple, burda y a menudo innoble, con la meta única de arribar el poder mediante métodos abyectos.

El populismo no busca resolver problemas o atender retos, sino excitar emociones negativas, como el miedo y el odio, enfrentando a la mitad de la comunidad contra la otra mitad. Los populistas procuran, claro está, que la mitad propia tema más, odie más y, por tanto, se muestre más dispuesta a movilizarse y votar para otorgar el poder a quien lo persigue de esta manera.

La derecha española se ha abonado definitivamente a las estrategias populistas, que ya practican con fruición algunos de sus correligionarios en otras latitudes y que aquí viene ensayando desde hace años su escisión ultra. Hoy día, derechistas y ultraderechistas son prácticamente indiferenciables en discurso y estrategia.

Cualquier asunto vale a los populistas para generar miedos y odios de forma artera y malintencionada. Sea acusando falsamente a los adversarios de cómplices del terrorismo etarra, sea fomentando el falso agravio hacia Cataluña, sea inventando acusaciones falsas de corrupción hacia la familia del presidente al que no logran ganar con limpieza…

A toda esta basura emocional falsaria suman ahora la persecución de los migrantes, especialmente los migrantes subsaharianos y magrebíes, porque resultan más identificables y más vulnerables a la hora de echarles encima los miedos y los odios de aquellos a los que logran envenenar con sus mentiras.

En un país de casi cincuenta millones de habitantes, con cerca de cien millones de turistas visitándonos cada año, los profesionales del odio intentan convencernos de que unos miles de hombres, mujeres y niños que han arribado exhaustos este verano en las costas de Canarias, arriesgándose a una muerte probable, a bordo de embarcaciones más que precarias, constituyen una amenaza terrible para la civilización de Occidente.

La falsa identidad de inmigración y delincuencia

Mienten a sabiendas cuando aseguran que estos hombres, mujeres y niños abandonan sus lugares de origen ávidos de robarnos, violarnos y matarnos. Inventan que estas criaturas desesperadas llevan años conspirando para el "gran reemplazo", mediante el que nos despojarán de nuestra identidad, nuestra cultura y nuestra religión…

Y exigen detenciones, cárceles, deportaciones masivas y cañoneras en el mar para hacer frente al mal absoluto que procuran atribuir a estas gentes. Acusan de ingenuos buenistas o de cómplices del maligno a cuantos se niegan a criminalizar a sus semejantes más vulnerables, aquellos que tuvieron la mala suerte de nacer entre guerra y miseria.

La variante española de la xenofobia populista incorpora un tufo racista y clasista muy de la tradición de la derecha patria. El alcalde de Badalona compartía este verano en redes su solivianto porque unos supuestos migrantes subsaharianos y magrebíes viajaban en ferry, como él mismo, con teléfono móvil en la mano, como él mismo, con gafas de sol, como él mismo, y con cuerpo aparentemente cuidado, como él mismo. Sonreían, además, como seguramente había practicado él mismo antes de toparse con el motivo de su indignación.

Aún si estos migrantes hubieran hecho presencia harapientos, en alpargatas, humillados, con cabeza gacha, y ubicados en la bodega, quizás entonces hubieran sido merecedores de algún sentimiento caritativo por su parte. Pero era evidente que los malvados aspiraban a ser iguales, y hasta ahí

podíamos llegar. Mañana querrán incluso un trabajo con vacaciones pagadas.

Las migraciones son un desafío de primer orden para las sociedades europeas, desde luego. El objetivo debe ser la migración segura, ordenada, legal. Y la migración es hoy, sobre todo, un problema de derechos humanos, una emergencia humanitaria, a resolver con urgencia y compromiso solidario.

Las derechas mienten a sabiendas cuando aseguran que los migrantes abandonan sus lugares de origen ávidos de robarnos, violarnos y matarnos. Inventan que estas criaturas desesperadas llevan años conspirando para el "gran reemplazo".

Pero es un imperativo no ya político, sino moral, de decencia moral, denunciar el uso que la derecha hace de los migrantes como sacos de boxeo, para excitar miedos, odios y votos. Sucios votos.

Los problemas más graves de la sociedad españoles no viajan hoy en cayuco, sino en las decisiones de algunos gobernantes derechistas, que desmontan deliberadamente, día a día, nuestro Estado de Bienestar, transformando el derecho a la atención sanitaria, el derecho a la educación en igualdad de oportunidades, y el derecho a una vivienda digna, en mercancías al alcance privilegiado de los que más tienen, de los que más heredan o de los que más comisionan y defraudan. Esa es la verdadera amenaza para la mayoría.

Comedores de mascotas

El penúltimo bulo de Trump en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos ha causado estupefacción e hilaridad en buena parte del mundo. En esta ocasión, el candidato republicano ha denunciado falsamente que los inmigrantes favorecidos por su adversaria demócrata se dedican a comerse los perros y los gatos de las familias norteamericanas.

Harían mal los estrategas de la campaña de Harris en despreciar los efectos de este tipo de mensajes con desinformación aparentemente burda. Porque está comprobado que la desinformación funciona como activo político y electoral.

Tan es así, que el Partido Popular de Feijóo y Ayuso han decidido centrarse en esta estrategia y prescindir de cualquier intento por ganar la confianza de los españoles mediante propuestas constructivas y serias.

Tan falso como los comedores de mascotas es el bulo de la dictadura instaurada por Sánchez en España, y su complicidad con el régimen de Maduro, y los sobornos de Zapatero en Venezuela, y las irregularidades de Begoña Gómez en la universidad, y las maletas secretas de Delcy, y el chantaje marroquí por las escuchas al Presidente, y el concierto catalán que roba a los andaluces, y el aumento de la criminalidad por la inmigración…

Siempre hubo bulos. ¿Por qué ahora son más efectivos? Porque las redes sociales y la proliferación de pseudo medios digitales favorece su divulgación, masiva, anónima, cuasi impune.

¿Qué persiguen los fabricantes y divulgadores de bulos? Destruir al adversario político. Camuflar las carencias propias, de ideas, de proyecto, de moral. Activar electoralmente a los odiadores. Desactivar electoralmente a los votantes racionales, que nunca los elegirían. Los odiadores adoran la hipérbole, por increíble que resulte, si se dirige contra el objeto de su odio. Por el contrario, las mentiras, los insultos, el fango, alejan a los votantes racionales.

¿Cuáles son las consecuencias? El descrédito del sistema, de sus instituciones, de sus protagonistas. La anti-política se abre paso, con lo que los parlamentos, los partidos y los políticos honestos son objeto creciente de ataques y desprestigio. El debate de ideas y proyectos en torno a problemas, necesidades y retos colectivos retrocede ante polémicas estériles.

La polarización y la crispación aumentan. La abstención crece entre quienes no participan de estos aquelarres agotadores. La democracia retrocede. La convivencia se resiente. Los derechos y libertades se ponen en peligro.

¿Qué hacer? Ser valientes, denunciar los bulos, defender la democracia, llamar a la participación política de todos y todas, incluso de los que no odian y tan solo buscan contribuir al avance en derechos, al bienestar general y a la mejor convivencia. Desde sus ideas libres, libres de bulos, libres de odio.

Defender la democracia es tarea de todos y todas. **TEMAS**